
Los ajusticiamientos a la justicia: El magnicidio del ex ministro Rodrigo Lara y la génesis del “crimen ejemplarizante” como arma de poder*

Gustavo Morales Vega **
gmorales@puj.edu.co

Resumen

El juicio al ex senador Alberto Santofimio Botero por su participación en el crimen de Luis Carlos Galán, precandidato liberal a la presidencia, y la petición del hijo del ex ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, para que el ex congresista renuncie a la prescripción de la acción penal en el caso del asesinato de su padre, son una señal inequívoca que, veintidós años después que el Estado colombiano declarara la “guerra contra el narcotráfico”, el país continúa con la necesidad de esclarecer estos magnicidios y establecer los vínculos existentes entre la clase política y la mafia, alrededor de estos hechos. El

presente artículo analiza justamente las representaciones sociales que se generaron alrededor de estos “crímenes ejemplarizantes”, que empleó principalmente el Cartel de Medellín como estrategia de acceso al poder político, durante la década de los ochenta e inicios de los noventa. El tema se aborda a través de la reconstrucción y análisis del caso que hizo público este tipo de ejecuciones e igualmente llevó a que se desatara una confrontación directa entre el Estado y la mafia: el crimen de Rodrigo Lara Bonilla.

Palabras clave

Narcotráfico, crimen organizado, mafia, conflicto en Colombia

* El presente artículo hace parte de una obra más extensa, titulada, “La irrupción de la mafia de Medellín, 1984-1993: Análisis de las prácticas discursivas y de medios en torno a un nuevo actor político”.

** Gustavo Morales Vega es profesor de Relaciones Internacionales en el Departamento de Ciencias Jurídica y Política de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali. Además es Coordinador del Observatorio de Asuntos Internacionales de la misma institución e investigador del grupo “Problemas Políticos Globales”. Politólogo de la Universidad de Los Andes y Máster en Relaciones Internacionales, Università degli Studi di Bologna.

Apertura

La última tarde del mes de abril de 1984 fue más oscura de lo acostumbrado en los inviernos de Bogotá. A las seis cuarenta y cinco de la tarde, cuando salió de su oficina, el señor ministro sintió la extraña sensación de avanzar en medio de la madrugada. Había llovido intermitentemente y en el cielo se veían todas las nubes juntas. Día gris y triste como los hay solamente en la capital.

Rodrigo Lara Bonilla subió a su Mercedes blanco, corrió con su mano izquierda el chaleco y dos libros y se sentó cómodamente en el espacio, ahora libre, del asiento trasero, detrás del chofer. “A la casa, Domingo, que tengo afán”, dijo secamente y sin más explicaciones. El chofer lo vio por el espejo retrovisor y le sonrió como queriéndose congraciarse con un hombre que generalmente permanecía de buen humor y cuyas risotadas eran reconocidas en el país. Sin embargo, ese día él no contestó.

Domingo Velásquez hizo el cambio de luces y las dos Land-Cruiser con escoltas entendieron que se tomaría la Avenida Circunvalar y bajarían por la Calle 127 rumbo a su casa. La ruta se cambiaba constantemente por razones de seguridad. El ministro ojeaba al mismo tiempo los dos libros que tenía a su lado cuando notó el terrible tráfico de la tarde. Sonrió tristemente para sí mismo: “¿Hace cuánto no se preocupaba por esos imponderables de la cotidianidad bogotana?”... definitivamente

te en los últimos meses los hechos del país le copaban casi todos sus pensamientos. Y en realidad no era para menos: “Dos semanas después de posesionado en el Ministerio de Justicia fue citado a la plenaria de la Cámara de Representantes para hablar sobre la presencia de dineros de la mafia en política. Desconocía entonces que el acusado sería él mismo. El debate era promovido por Jairo Ortega y Ernesto Lucena, dos congresistas de Alternativa Liberal, y pese a haber pertenecido al Senado, la citación también la firmaba el propio Santofimio Botero, con cuyas banderas había salido elegido representante a la Cámara Pablo Escobar Gaviria”.¹ La piedra del escándalo tenía dos caras: La primera era un supuesto cheque girado por el reconocido narcotraficante Evaristo Porras para financiar la campaña política de Lara Bonilla en el Huila, de donde el ministro era oriundo. La segunda se originó el 20 de abril de 1983, en un ascensor del hotel Hilton, cuando el mismo Porras abordó a Lara, llevando una grabadora escondida en su bolsillo, y se generó entre ellos una conversación sobre actualidad nacional. Cuatro meses después, esta grabación se hizo pública con ocasión del debate sobre dineros calientes adelantado por los congresistas de Alternativa Liberal.

El crimen organizado no logró el retiro del nuevo ministro de su cartera y por el contrario, sumió a este joven hombre, de tan sólo 37 años, en la más decidida guerra contra los grupos de traficantes. “Soy

¹ Castillo, Fabio. (1987), Los jinetes de la cocaína, Bogotá, Documentos Periodísticos, p.200

un ministro peligroso para los sectores que están al margen de la ley”,² había dicho en el mes de agosto. En realidad el desmantelamiento de los laboratorios del Yarí, en el Caquetá, y del complejo coquero de Tranquilandia, así lo demostraban. De esta manera, el ministro más controvertido pero, a la vez, más beligerante y protagónico del gobierno de Belisario Betancur había estado muy ocupado para preocuparse de sí mismo.

Vio por la ventana del carro, a la altura de la Calle 127 frente a Unicentro y enseguida miró a Domingo: “Sálgase, sálgase”, le dijo. El chofer desvió por el barrio la Carolina evadiendo el trancón producido por dos carros varados. Cuando retornaron nuevamente a la 127 el carro escolta que les abría paso ya no estaba. Se había quedado atrapado en el trancón. Domingo continuó solo con la Land Cruiser de atrás.

Miró su reloj de pulso pero no vio la hora. Cayó en la cuenta de que hace tiempo no reía con los tontos comentarios del programa *El Chinche*, uno de sus favoritos. Pero todo sería parte del pasado dentro de poco: Adiós a las amenazas de la mafia, al estrés del ministerio y las primeras páginas de los periódicos. Se refugiaría como embajador en Checoslovaquia, detrás de la Cortina de Hierro. Bastaba definir la fecha exacta.

Tomó el teléfono de su carro. Habló con Oliva y le preguntó por su esposa.

- No, no ha llegado, respondió la empleada del servicio.
- Dígale, tan pronto llegue, que ya voy para allá aunque hay algunos trancones. Colgó el teléfono y se reacomodó en la larga silla.

Una moto roja 175 se aproximó velozmente al Mercedes. La moto apareció de la nada después de sobrepasar el subterráneo de la autopista. En tan sólo un segundo y medio, y a menos de un metro, el hombrecillo de 45 kilogramos que viajaba como *parrillero* acribilló al ministro de Justicia cuando accionó su Ingram. El ministro se tendió hacia la izquierda sin emitir ningún sonido y cayó herido de muerte sobre su chaleco, chaleco antibalas que siempre cargaba pero que nunca usaba. El vidrio del carro voló en mil pedazos, siete de las veinticinco balas calibre cuarenta y cinco encontraron el cuerpo de Lara: Tres se alojaron en el cráneo, dos atravesaron su pecho, otra su cuello y una última su brazo derecho. “Virgen santísima, sálvanos”, atinó a decir Domingo en la confusión. El guardaespaldas que venía junto al chofer respondió con su arma pero sin haber precisado la dirección de su objetivo. Cayó un silencio aterrador dentro del vehículo, silencio que no se vio interrumpido ni siquiera por los borbotones de sangre que brotaban del cuerpo pero cuyo sonido se ahogaba en la espuma del asiento. Se oía la fatalidad. El chofer se dirigió afanosamente a la residencia del ministro, sin saber exactamente por qué.

² El Tiempo. Martes 1 - V - 84.

Este había sido un día pesado para el ministro, tanto, que había cambiado su empecinado buen sentido del humor. Atendió seis citas de trabajo y recibió varias llamadas telefónicas pero ninguna tan inquietante como la que tomó a primera hora de la mañana. Era del director de la Policía, Víctor Delgado Mallarino, el cual le hizo saber que en los bajos fondos se estaba fraguando un plan para asesinarlo y al parecer esa era la semana elegida. El ministro estuvo nervioso todo el día y por eso no contestó la sonrisa de su chofer, minutos antes de consumado el crimen.

La moto con los dos sicarios se dio a la fuga. La escolta de Lara la perseguía en la camioneta. A la altura de la Avenida Boyacá y en medio del tiroteo, el asesino lanzó una granada contra el carro pero falló totalmente. La contorsión del *parrillero* y el piso mojado, hicieron que el conductor perdiera el equilibrio del aparato y se estrellaran contra el pavimento. El de la Ingram rompió su cabeza contra una alcantarilla; el otro, Byron de Jesús Velásquez, joven antioqueño y quien conducía, fue capturado. La llovizna cedió, el aguacero se desató a mitad de la noche.³

Crimen ejemplarizante

El anterior es un episodio descarnado por lo indiscutible y definitivo de su

mensaje: la muerte. Preludio de un proceso que por la reiteración que tendría en el tiempo, se percibiría como imparable y cada vez más atroz. Acontecimiento que por primera vez puso al Estado, a la sociedad, y a los partidos políticos frente a los retos y desafíos que les imponía el crimen organizado. Síntesis imperfecta pero ilustrativa de un discurso de poder empleado, aunque no de manera exclusiva, por el denominado *Cartel de Medellín* y que a la postre haría cada vez más general: “El crimen ejemplarizante”.

El problema central de estas páginas es analizar el “Régimen de Representación”⁴ que se genera alrededor del “crimen ejemplarizante” empleado por la mafia de Medellín como estrategia de acceso al poder político. Para abordarlo se intentará responder a dos preguntas básicas: ¿Cuál es el mensaje cifrado que está contenido en el “crimen ejemplarizante”? ¿Cuáles son las representaciones o significaciones que gobierno, sectores políticos, prensa, sociedad y víctima en particular, se hacen alrededor de la mafia de Medellín cuando ejecuta estas prácticas para vehicular su acceso al poder político?

El norte de la primera pregunta se encamina a dar respuesta a los elementos que permiten crear sentidos de pertenen-

³ La reconstrucción de los hechos fue posible gracias a los datos y contextos descritos en: *Semana*, mes de mayo de 1984. *Cromos*, mes de mayo de 1984. *El Tiempo*, mes de mayo de 1984. *El Espectador*, mes de mayo de 1984.

⁴ “Un régimen de representación es un espacio de reconocimiento intersubjetivo y un espacio de deseo, en tanto el sujeto depende del reconocimiento de otros sujetos. El yo y el otro buscan unificarse a sí mismos a través de la respuesta del otro”. Ver: Rojas, Cristina (2001), *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX, Bogotá, Grupo Editorial Norma*, pp. 29.

cia en la mafia y a la vez reflejar los valores, actitudes hacia el otro, intereses, todo ello enmarcado en diferentes dimensiones orgánico-espaciales de búsqueda del poder. El segundo cuestionamiento se orienta a develar las reacciones de una sociedad frente a un actor violento. Se usan las mismas categorías analíticas pero esta vez el énfasis recae en el discurso oral.

Preludio de una muerte

De vuelta al relato, éste nos señala que Lara Bonilla conocía de las amenazas contra su propia vida; de hecho, ese día recibió una llamada del director de la policía sugiriéndole que se “cuidara” porque al parecer se estaba fraguando un atentado. Sin embargo, el ministro ignoraba el día, la hora y el lugar del siniestro. Más aún, no tenía la certeza de que se llevara a cabo. Antes que el ministro recibiera la ráfaga que segó su vida, sus verdugos sabían cada uno de sus pasos. Era natural: en la celada tendida por la mafia, Rodrigo Lara era la presa. “A la presa se la acecha mucho antes que perciba nuestros objetivos. Con un sentimiento de aprobación y de extrema satisfacción se la contempla, se la observa y se la vigila”.⁵ “El acto de acechar, por su naturaleza, es secreto. Uno se esconde o se mimetiza y no se da a conocer por movimiento alguno, se esboza en el secreto como en otra piel, y permanece largo tiempo a su abrigo. Una particular concatenación de paciencia e impaciencia caracteriza a la criatura en este estado. Cuanto más permanece en él,

tanto más intensa se hace la esperanza de lograr un éxito repentino. Pero para que al final se logre algo, la paciencia ha de crecer al infinito”.⁶ El ministro, como toda presa, se desliza inocentemente a su destino, indefensa, esperando solamente que la impaciencia de sus verdugos o el descubrimiento del secreto le permitan evadir su fatalidad.

La moto le da alcance y le disparan a quemarropa: se le anticipan a su huida a Checoslovaquia, lo sorprenden antes de llegar a su casa: no le permiten ponerse a salvo. Sólo en ese momento, cuando la celada cobra su víctima, se hace pública. El mensaje es muy claro: la mafia tiene el poder de matar por sorpresa, emboscar la vida de sus opositores antes de que escapen. Se perciben a sí mismos como actores que desde la sombra (léase ilegalidad) firman sentencias de muerte. Permanecen allí, únicamente hacen notorio su brazo armado en el momento mismo en que perpetran la ejecución. Verdugo certero que no perdona a quien se ha atrevido a entrar e intentado destruir su espacio de producción de narcóticos o ajustar sus comportamientos al ordenamiento jurídico del Estado. Ellos mismos se saben ilegales y defienden violentamente su situación. Desde la penumbra, puesto que en el momento del crimen se desconocen sus paraderos y se sumen en la clandestinidad, ejercen su rol de cazadores y le dan un trato de presa a su adversario que desarrolla su vida a la luz de lo público.

⁵ Canetti, Elías. (1983), *Masa y Poder*, Madrid, Alianza Editorial, p. 199.

⁶ *Ibíd.*, p. 286

La actitud hacia el otro siempre es amenazante y se sabe que sobre el contrario pende una sentencia de muerte. Se arrojan el derecho a castigar. El otro siempre es la víctima, la presa que se exhibirá.

Durante el suspenso propio de la asechanza el cazador es plenamente consciente de su ser: conoce su rol en el escenario, preparará el momento del ataque en el que –sí es diestro y sabe escoger– la presa se encontrará en su mayor grado de indefensión; se adueña del momento de la emboscada. Por el contrario, su contraparte, la presa, no objetiviza su identidad sino en el instante mismo en que es alcanzada, sorprendida y victimada. La sorpresa, repentino salto desde la sombra, es el elemento central a favor del atacante para menguar la invulnerabilidad de la presa y salirle al paso a su fuga.

Las 25 balas calibre cuarenta y cinco finalmente sorprendieron a Lara aunque él conoció con anterioridad las amenazas contra su vida; en la celada él tuvo tiempo para *oler* el peligro, *intuir* la presencia – aunque no los podía ver– de sus asesinos. ¿Cuál fue la postura de este hombre en aquel contexto? ¿Sé pensó como ministro o como víctima? ¿Cómo veía a la mafia? ¿Qué tipo de presa fue Lara? Preguntas que permiten descubrir la mirada del ministro inmolado frente a sus adversarios y ante su situación misma.

Rodrigo Lara Bonilla siempre asumió una actitud decidida y firme frente al crimen organizado. Sus enemigos querían su

vida tanto como él la captura del enemigo. Con este objetivo declarado e inamovible se enfrentaron mutuamente. “*He sido amenazado de muerte. No cederé en la lucha contra el narcotráfico. Qué tal que el ministro de Justicia estuviera muerto de susto con las amenazas que le hacen. Hay riesgos que se deben asumir en la vida y por eso me he sentido más fuerte que nunca*”.⁷

Lucha contra la mafia que sume a Rodrigo Lara Bonilla en una relación dialéctica: cuanto más lucha contra el narcotráfico más riesgos para con su vida, cuanto más empeña la vida más cerca está de aniquilar al enemigo. Cuando más rastrea, rodea y trata de destruir a la mafia, tanto más cercano está a la figura de la presa; cuando en el sigilo de la noche el ministro es visto y vigilado tanto más se presenta como un cazador peligroso. Para ser cazador se vuelve presa y para ser presa tiene que ser cazador.

El ministro es el punto de encuentro de dos fuerzas en pugna: De un lado, como funcionario del gobierno, debe velar por el control que ejerce el Estado sobre la sociedad pero, al mismo tiempo, sobre su persona recae la sentencia de muerte, símbolo de la resistencia que impone la mafia a la máquina de control llamada Estado. Ello explica, en el primer caso, la beligerancia de sus opiniones, la actitud siempre agresiva contra la mafia, y la implacabilidad de su guerra: “*Soy un ministro peligroso para quienes*

⁷ *La República*, septiembre 18 de 1983

están por fuera de la ley”⁸, “no me han matado porque no les conviene. Contra los asesinos no hay precauciones que valgan. Pero esto hay que seguirlo. El país no puede dejarse dominar de esos bandidos.”⁹ En el segundo caso, da razón de una figura siempre amenazada y en desamparo: “esos tipos quieren matarme y no puedo quedarme en el país; no diga que me voy para Checoslovaquia, Yugoslavia o Hungría. No diga de mi viaje y de esta manera los tipos no atentarán contra mi vida”.¹⁰

La mafia y el ministro desataron nueve meses de luchas constantes y, sin embargo, no libraron ninguna batalla. El cara a cara entre ejércitos nunca se dio: se destruyó el complejo *Tranquilandia* y se desmanteló el laboratorio del Yarí, pero los grupos de choque de la mafia jamás aparecerían. Lara como cazador no tuvo otro camino que *rastrear* sus presas hasta la penumbra en que se ocultaban: “Los grandes capos de la mafia han hecho desaparecer sus antecedentes... pero pueden estar seguros los delinquentes que no voy a bajar la guardia”.¹¹ Recolección de pruebas en su contra para destruir el tráfico, capturarlos y señalarlos públicamente. El ministro, nada más lejos de ello, fue alguna vez un cazador que se ocultó en el ramaje o un guerrero del cara a cara. Fue un descubridor, un *rastreador*.

Los *cazadores-presas* ejecutados por la mafia, que a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa fueron numerosos, presentan un mismo *gesto* característico en sus discursos y estrategias para hacer frente a estas organizaciones del crimen: *gesto de valentía y honor propios*. Lara lo reafirma en medio de su lucha al verse como presa: “La única manera que tengo de demostrarle al país que soy una persona honrada es jugándome la vida contra la mafia. Estoy dispuesto a hacerlo”.¹² De igual forma ratifica los mismos valores como cazador: “Seguiré en mi misma actitud mientras vea a los delinquentes por las calles. Al paso que vamos va a resultar el ministro de Justicia con más antecedentes que los capos del crimen organizado, que los grandes narcotraficantes, y eso sería muy grave para el país.... El valor no es enfrentarse al caído en desgracia sino a los que tienen el poder del dinero, del tráfico de drogas, a los que creen que en virtud de su gran capacidad criminal y económica, pueden pasar por encima del Estado y pisotear al país”.¹³

Valentía y honorabilidad, evocaciones émicas de los funcionarios del Estado –reiteradas una y otra vez en medio de la lucha y ante la eventualidad de la emboscada de la mafia– que tendrían profunda significación en las representaciones sociales como se verá posteriormente.

⁸ Frase pronunciada el 27 de agosto de 1983 y citada en *El Tiempo*, martes 1 de mayo de 1984.

⁹ *El Espectador*, Miércoles 2 de mayo de 1984.

¹⁰ *El Tiempo*. Martes 1 de mayo de 1984. p12A

¹¹ *El Tiempo*. Martes 1 de mayo de 1984 p12A.

¹² *Semana*, segunda semana de mayo. p26-27.

¹³ *El Espectador*. Miércoles 2 de mayo de 1984.

Frente a los despojos

Titulares y artículos acerca del homicidio del ministro coparon los tirajes de los diferentes periódicos del país. En la mañana del primero de mayo los lectores pudieron satisfacer su curiosidad acerca de los detalles que rodearon la muerte del ministro inmolado. Reportajes, que se extendieron a lo largo de la semana, narraban los hechos. Fotografías del vehículo en que se desplazaba el difunto aparecieron por doquier. Las fotos estaban acompañadas de frases como: “*El parabrisas del carro en que se movilizaba quedó completamente destruido*”.¹⁴ “*Estado en que quedó el Mercedes Benz del ministro Lara Bonilla. Los vidrios totalmente destruidos*”.¹⁵ Adicionalmente se mostraron fotos del cuerpo de la víctima como la aparecida en el periódico *El Espectador*, el día 1 de mayo y en la cual se anotaba: “*Momentos en que el cuerpo era trasladado de la dependencia de urgencias de la Clínica Shaio a la morgue del centro, para la autopsia*”. El periódico *El Tiempo*, por su parte, elaboró un croquis muy preciso de la manera en que los proyectiles penetraron el cuerpo del ministro.¹⁶

Allí, en la memoria de todos los colombianos se encontraban las imágenes del crimen. El cuerpo acribillado junto al carro destrozado daba fe del hecho. ¿Por qué tanto interés en estos restos? Los cuerpos desde siempre han atraído a los

poderosos, ello se refleja claramente en la obra de Michel Foucault quien estudia la liturgia punitiva en la Francia de 1670: “El suplicio forma, además, parte de un ritual... Con relación a la víctima, debe ser señalado: está destinado, ya sea por la cicatriz que deja en el cuerpo, ya por la resonancia que lo acompaña, a volver infame a aquel que es su víctima; el propio suplicio, si bien tiene por función “la de purgar” el delito, no reconcilia; traza en torno o, mejor dicho, sobre el cuerpo mismo del condenado unos signos que no deben borrarse; la memoria de los hombres, en todo caso, conservará el recuerdo de la exposición, de la picota, de la tortura y del sufrimiento debidamente comprobados”.¹⁷ El cuerpo sin vida del ministro, las huellas infligidas por los proyectiles en su cuerpo, los vidrios destrozados, la sangre en la tapicería, todo ello tiene la doble función de marcar al ministro como un ser “criminal”, un hombre que trató de enfrentar a la mafia, un ser que por eso mismo es aplastado, es signado por su osadía.

El suplicio no sólo evidencia al supliciado sino, y esa es su doble función, que realza la figura de quien lo comete: “Por parte de la justicia que lo impone, el suplicio debe ser resonante y debe ser comprobado por todos, en cierto modo como su triunfo. El mismo exceso de las violencias infligidas es uno de los ele-

¹⁴ *El Espectador*. Martes 1 de mayo de 1984. p1A.

¹⁵ *El Tiempo*. Miércoles 2 de mayo de 1984. p5A.

¹⁶ *El Tiempo*. Miércoles 2 de mayo de 1984. p2A.

¹⁷ Foucault, Michel. (1990), *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, p. 40.

mentos de su gloria: el hecho de que el culpable gima y grite bajo los golpes no es un accidente vergonzoso, es el ceremonial mismo de la justicia manifestándose en su fuerza”.¹⁸ Las mismas huellas en el cuerpo de Lara Bonilla se erigen como símbolos del poder del crimen organizado, es la manifestación de su fuerza. Prueba irrefutable de su victoria y señalamiento del derrotado. Exhibición del cuerpo humano como objeto mismo del castigo: es por su integridad por lo que se temerá.

Los medios masivos de comunicación colaboran haciéndonos llegar el mensaje, poniendo los cuerpos frente a nuestros ojos. La ejecución de Lara Bonilla sigue desarrollándose aun después de la emboscada. Sólo que ahora no es necesario quemar su cadáver, arrojar sus cenizas al viento, arrastrar su cuerpo sobre zarzos y luego exponerlo al borde del camino como lo hacían los verdugos de la Francia. Basta esperar, no tan impacientes, las fotografías e imágenes de televisión que seguirán persiguiendo los restos más allá de cualquier muerte y sufrimiento posible. Propagación del ritual de marcación de las víctimas y de la manifestación del poder que castiga.

Los receptores del mensaje son los colombianos en general, y el Estado y los partidos políticos en particular. Los interlocutores de los traficantes son los otros, ese mundo externo al cual buscan

intimidar dejándoles el cadáver de uno de los suyos. La dimensión espacial de la acción es sin duda de carácter nacional no sólo por la cercanía de la víctima al poder del Estado y por su función dentro del gobierno sino también por el despliegue que los medios le habían dado a su lucha decidida contra la mafia: Hombre cercano al presidente Betancur, hombre del gabinete ministerial, hombre encargado de la cartera de Justicia, miembro del Gobierno Nacional, el único hombre capaz de poner el dedo en la llaga.

Después de la descarga de todo el proveedor de la Ingram y la publicación de las imágenes, la mafia terminó su ceremonial “judicial”: la exhibición de los restos mostraría, a la luz del día, la doble verdad del crimen.

Crimen: Entre la destrucción, la creación y el restablecimiento

“Entre asesinato y política existe una dependencia antigua, estrecha y oscura. Dicha dependencia se halla en el cimiento de todo poder, hasta ahora ejerce el poder quien puede dar muerte a los súbditos. El gobernante es el *superviviente*”.¹⁹

El asesinato es un acto creador puesto que las reglas que se imponen son las del *superviviente*. El *derribar* a Lara –hombre perteneciente al alto gobierno– tiene una consecuencia central: La mafia rompe

¹⁸ *Ibid.*, p. 40.

¹⁹ Enzensberger, Hans Magnus. (1987), *Política y Delito*, Barcelona, Anagrama, p. 11.

el *tabú*²⁰ que impide *tocar* a los hombres encargados de imponer el control del Estado colombiano; así, al lograr transgredir tal prohibición ellos mismos han ganado el rango de lo prohibido.²¹ “El *maná* del gobernante muerto recae sobre sus asesinos”.²² Juego de suma cero en que el *tabú* del Estado se deteriora en la medida en que el de la mafia se fortalece.

El aura de prohibición que adquiere la mafia, que se fortalece cuando el Estado es incapaz de castigar los crímenes de ésta, le permite implantar un sistema de reglas que todos los colombianos deben acatar so pena de muerte, tendiente a proteger el negocio del tráfico de drogas. Detrás del crimen del Ministro se observa una agrupación con poder económico, militar y su propio código de “justicia” que le permite señalar “criminales” y expedir sentencias de muerte. Se está ante una propuesta de co-gobierno o paraestado.

El crimen ejemplarizante no da razón de una fuerza que se ve a sí misma como revolucionaria puesto que su objetivo

no es la toma del poder y la destrucción del orden vigente. Dentro de su lógica, la mafia selecciona individuos que desde su óptica son peligrosos para la continuación de su particular *orden*, les da un trato de criminales-presa, los caza y descarga contra ellos su furia. Los *ajusticiados* son objetivos claramente diferenciados que permiten la supervivencia de poderes y comportamientos que no intentan quebrar su rango de prohibido. El crimen de Lara, al igual que todos los crímenes, es creador: partero de un paraestado que se extendería a lo largo de la década de los ochenta y aún más.

La sociedad colombiana se apropió del crimen del que había sido víctima. Estremecida por la fuerza de los hechos, rodeó el cadáver. El mutismo social que antecedió a la muerte de Lara se consumió junto con la lluvia intermitente de abril. A las dos y media de la madrugada, en medio del vendaval que se abriría paso a lo largo del naciente mes, el silencio llegó a su fin. Belisario Betancur, presidente de

²⁰ La palabra *tabú* no designa, en rigor, más que las tres nociones siguientes: a) El carácter sagrado de personas u objetos; b) la naturaleza de la prohibición que de este carácter emana, y c) la consagración o impurificación resultante de la violación de la misma. Lo contrario del *tabú* es en polinesio *noa*, esto es, lo corriente, ordinario y común.

Desde un amplio punto de vista, pueden distinguirse varias clases de *tabú*: 1) un *tabú* natural o directo, producto de una fuerza misteriosa (*mana*), inherente a una persona o a una cosa. 2) un *tabú* transmitido o indirecto, emanado de la misma fuerza, pero que puede ser: a) adquirido, o b) transferido por un sacerdote, un jefe o cualquier otra persona; 3) un *tabú* intermedio entre los dos que anteceden, cuando se dan en él ambos factores, por ejemplo, en la apropiación de una mujer por un hombre.

Los fines del *tabú* son muy diversos. Así, los *tabúes* directos cumplen las siguientes funciones: 1) proteger a ciertos personajes importantes –jefes, sacerdotes, etc.– y preservar los objetos valiosos de todo daño posible. 2) Proteger a los débiles –mujeres, niños y hombres vulgares– contra el poderoso *mana* de los sacerdotes y los jefes. 3) Preservar al sujeto de los peligros resultantes del contacto con cadáveres, de la absorción de determinados alimentos, etc. 4) Precaver las perturbaciones que pueden sobrevenir en determinados actos importantes de la vida. 5) Proteger a los seres humanos contra el poder o la cólera de los dioses o los demonios.

Ver: Freud, Sigmund. (1993), *Totem y Tabú*, Medellín, Ediciones Drake, pp. 30-31.

²¹ Para reflexión más detallada ver: Enzensberger, Op. Cit, p11.

²² *Ibid.*, p. 11.

la República de aquel entonces, se pronunció por las dos cadenas de televisión. Los periódicos publicarían a la mañana siguiente las diferentes reacciones de los distintos sectores sociales y políticos del país refiriéndose al crimen del Ministro.

El Gobierno reinterpretó el asesinato del Ministro. Si para la mafia la ejecución del funcionario significó un acto creador (afirmación del alcance y poder de su paraestado), para el Gobierno representó un llamado al restablecimiento del orden que se ve amenazado con esta acción. *“Vamos a rescatar la dignidad nacional que tienen secuestrada los narcotraficantes”*, diría el Presidente. Expresión que implica volver a un estado de cosas presentes en un pasado inmediato. Pasado interrumpido por la acción de los narcotraficantes.

Desde este punto de vista, el crimen ejemplarizante es asumido por el Gobierno como un desafío de la mafia al orden establecido por el Estado. Naciente orden mafioso que debe ser afrontado con la aplicación de la ley estatal: *“Para los insensatos, para los recalcitrantes, para los enemigos públicos declarados, no habrá consideración distinta de la aplicación de la ley. Nuestro Estado no permitirá jamás la destrucción de la sociedad. Y actuamos bajo el signo de respeto a los derechos humanos, la comunidad y el Estado que la representa y puede brindar protección sin lanzarse a excesos. Pero vamos sobre*

todo a librar una guerra contra los narcotraficantes. El Gobierno colombiano les acepta el desafío”.²³

Pero ¿cómo y quiénes son los que establecen un quiebre del orden en Colombia?

El crimen de un miembro del gabinete de gobierno es el punto de quiebre. Es traspasado el tabú que impedía tocar a los hombres del alto gobierno. Álvaro Gómez, embajador en Washington y dirigente conservador, quien once años más tarde sería asesinado en situaciones confusas, aún hoy sin esclarecer, señalaba: *“Es algo inesperado, completamente inusual. Es la primera vez que las fuerzas desestabilizadoras del orden existente tienen un atrevimiento semejante. La realidad es que el país está siendo desestabilizado. Hay un recrudecimiento de la violencia y nos enfrentamos a una realidad amenazante. Considero que es un desafío que la sociedad (debe afrontar) porque no se puede permitir que el sacrificio de Lara sea en vano. Y aunque lo que tenemos frente a nosotros es un país que no tiene justicia debemos seguir luchando en espera que los culpables de tantos crímenes se replieguen y den paso a una sociedad limpia”*.²⁴

Lara Bonilla es visto *“como un hombre que se sacrificó conscientemente por la sociedad y que entregó primero su tranquilidad personal y (luego) su propia vida*

²³ Discurso pronunciado por el presidente de la República a través de los dos canales de televisión a las 2:30 a.m. del 1 de mayo de 1984. Adicionalmente fue publicado en: *El Tiempo*, martes 1 de mayo de 1984. p16A

²⁴ *El Tiempo*, martes 1 de mayo de 1984. p14A.

para defender los principios fundamentales de la ley y la moral".²⁵ Figura del mártir que ofrenda su vida en aras de la salvación de los principios éticos y la justicia de una nación. "*Murió para redimir a su generación*", diría Luis Carlos Galán, jefe del Nuevo Liberalismo y copartidario del ministro inmolado, quien encontraría en 1989 un fin igualmente trágico cuando aspiraba a la presidencia de la República y encabezaba las encuestas.

El ministro asesinado es visto como una posibilidad fallida de volver a un pasado idealizado, donde la moral y la ley fueron una constante nacional. Mártir que, ante un Estado débil incapaz de someter el crimen organizado al ordenamiento jurídico, se erige como la única alternativa de restablecer el orden social, rescatarlo del ayer. Por ello en la guerra contra las mafias, el nombre de Rodrigo Lara Bonilla no sea sólo uno de la larga lista de mártires y héroes que cobró para sí el "crimen ejemplarizante".

Las noticias de la época no hacen referencia a un *Cartel de Medellín*, como lo harían tiempo después. El enemigo se presenta de manera difusa ante el Gobierno y la sociedad: se habla de mafiosos, narcotraficantes, crimen organizado y poderes oscuros en general. Posterior al asesinato del ministro, el Gobierno procede a arrestar "presuntos" narcos, confiscar propiedades y hasta detener a las amantes de los capos. Todo lo que *huela* a mafia es perseguido. Sin embargo, meses después las propiedades son devueltas a sus poseedo-

res y los capos liberados. En los dos casos, el Gobierno carece del suficiente acervo probatorio para proceder.

El Gobierno, los partidos políticos y la sociedad en general tejen una relación estrecha entre el discurso del "crimen ejemplarizante" y sus ejecutores: La mafia serán todas aquellas organizaciones dedicadas al tráfico de drogas que –debido a su enorme capacidad económica y criminal– tratan de destruir las bases morales de la sociedad y el aparato de justicia del Estado. Agrupaciones ilegales con capacidad de asesinar por sorpresa. La mafia se ubicará en el extremo opuesto a una autoconcepción social difusa: *las gentes de bien*. La irrupción de este nuevo paraestado se presentará como una desesperanza de futuro para amplios sectores sociales. "*Recobrar la dignidad nacional que nos ha arrebatado el narcotráfico exhibiéndonos con esa imagen negra ante el mundo y enfermando nuestra juventud pervirtiéndola con la droga, esa es la tarea que tenemos por delante. Denunciarlos día a día, notificarles que no pueden seguir desquiciando nuestra sociedad a la que ellos mismos pertenecen. Decirles en un gran coro nacional ¡basta!... debemos dejar de hablar en tono divertido, como si fuera cosa de poca monta, de las cosas que están pasando con el imperio de esos dineros. El problema más grave que ha tenido Colombia en su historia es el de la droga. Su efecto tenebroso en nuestra gente, en su salud, en su moral, ahí se sintetiza dramáticamente toda nuestra pobreza, de*

²⁵ *Ibíd.*

*nuestro desempleo, del alejamiento de los valores físicos, de los valores morales, de los valores básicos. Dicho de otra manera, se trata de rescatar una sociedad que muchas causas le hicieron sentir a esas gentes como ajena, extraña, casi inexistente. De ahí la alta cirugía en que debe convertirse la nueva lucha infatigable, insomne y denodada por la paz moral”.*²⁶

Conclusión

El asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla ilustra un discurso de acceso al poder político pronunciado por el *Cartel de Medellín*. El “crimen ejemplarizante” fue practicado por las diferentes agrupaciones mafiosas del país pero mayoritariamente por la agrupación de la capital antioqueña. Las víctimas fueron numerosas personalidades de la política, la rama judicial, los cuerpos de seguridad del Estado, la prensa y, en fin, toda aquella persona que se presentara como riesgosa para estos sindicatos del crimen. Las modalidades de esta práctica fueron tan variadas como sus víctimas. Sin embargo, la ejecución de Lara Bonilla revela las tres etapas básicas del crimen ejemplarizante: El acecho, la exhibición del cadáver y el crimen.

Durante la etapa del *acecho* la mafia se representa como una agrupación en la penumbra. Un actor que oculto en la ilegalidad vigila a sus potenciales presas. La mafia es invisible pero siempre presente. El matar y luego sumirse nuevamente en la

clandestinidad es su principal instrumento de poder. En la celada la mafia jamás es la presa. La ilegalidad del negocio de tráfico de drogas y la capacidad de emboscar la vida de sus oponentes son dos elementos que crean sentido de pertenencia en la mafia. De otro lado, sobre quienes recae la celada se representan a sí mismos como cazadores-presas: Son cazadores que persiguen a la mafia como presas pero la vida pública que llevan estos cazadores le permite a la mafia tenderles la celada y victimarlos. Ellos, como adversarios, siempre son asesinados; la mafia se arroga ese derecho. En ejecuciones de funcionarios del Estado, como fue el caso de Lara Bonilla, se expresa la lucha continua entre un Estado que intenta someter las fuerzas que escapan a su control y la resistencia que oponen estas organizaciones. La mafia, además de constituir una fuga a la potestad del Estado, subvierte su poder en la medida en que asesina a los hombres que desde el gobierno emiten órdenes en contra de ellos o de sus intereses.

La exhibición del cadáver es la segunda etapa. Demostración irrefutable de la fuerza triunfante de los asesinos y señalamiento del derrotado. El cuerpo acribillado del ministro es la prueba final de la sentencia emitida por el ceremonial punitivo de la mafia. Se subvierte claramente el poder del Estado porque no son sus miembros los que tienen el derecho de castigar sino los mafiosos. La plena publicidad que rodea el hecho busca generar

²⁶ Palabras de Belisario Betancur citadas en: *Ibíd.*, p. 16a.

aceptación en un mundo externo a través de la amenaza. La mafia posee poder de intimidación mas no de convocatoria. Los otros son los amenazados porque a través de los despojos de la emboscada se está ejemplificando el futuro de todos aquellos que se opongan al poderío del crimen organizado. Se les habla a los otros. Otros que temerán por sus vidas. A través del cuerpo del transgresor se reconocen por igual al transgresor que yace sin vida, la fuerza que castiga, y la víctima que es llorada y ofrecida en aras de la salvación colectiva.

La tercera etapa es la construcción simbólica que se hace del crimen. Aquí se presenta la lucha entre el Estado y la mafia por la posesión del tabú: El Estado como ser “tocado” habla del restablecimiento de un estado de cosas presentes en el ayer.

Frente al crimen de uno de los suyos se hace un llamado nacional por el rescate del orden (estatal) y la tradición moral. Mediante la encarnación colectiva de los valores de la víctima se busca recuperar el aura de intocabilidad. El Estado, los partidos políticos y la sociedad en general se sienten amenazados: elementos que han creado sentido de pertenencia tales como la legalidad, la “superioridad” de sus tradiciones morales y el apego a la ley, repentinamente se ven retados por el crimen.

Por su parte, el crimen para la mafia es un acto creador. Amparados por la impunidad de la acción le dan vida a su paraestado y reafirman su poder frente al Estado y la sociedad. Recae sobre los mafiosos el aura de intocabilidad otrora perteneciente a los funcionarios del alto gobierno.